

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

CORRESPONDENCIA DEL TIO MATRACA

CARTA TERCERA.

El tío Matraca, á un incrédulo de siete suelas, sobre cosas del otro mundo.

Mi querido borrego: la paz sea contigo; si es que contigo puede haber paz.

Tu carta me ha dejado patidifuso.

Me escribes para decirme que *no crees en nada*; y me invitas á que te conteste para probarte que *hay algo*.

Pues, hijo, me pones en un apuro.

Figúrate que un ciego de nacimiento se empeñase en negar que hay luz, y en que tú le probases lo contrario.

¿Qué harías? No lo sé; pero desde luego empezarias por soltar la carejada.

—«¡Pero, hombre! exclamarías, ¿está V. en su juicio? ¿Se atreverá V. á negar el sol porque no le vé? ¿No está V. oyendo hablar de él á cada instante desde el día en que nació? Pase que pusiese V. en duda la existencia de ese astro, si solo hablasen de él los astrónomos y los fabricantes de almanques: gente toda que miente mucho; pero, hijo mío, si del sol hablan hasta las ratas; y no las de hoy ni las de ayer; sino todas las ratas habidas y por haber desde que el mundo es mundo. ¿Es posible, pues, que V. crea que todos se han equivocado menos V., y que lo del sol es una broma? ¿Qué vale la opinion de V. comparada con la de tantos millones de inteligencias? ¿No es más racional suponer que V. es el que se engaña y no que se engañan los demás?

Por otra parte, si no hay luz, ¿para qué se han hecho los ojos? Si no hay luz ¿por qué se habla tanto de ella? Si no hay luz ¿por qué siente V. tanta tristeza de encontrarse á oscuras? ¿Cree V. que la naturaleza puede haber dado al hombre necesidades y deseos, sin objeto que pueda llenarlos? Valdria tanto como suponer que hay ojos para no ver, y brújulas que buscan el Norte, sin que haya Norte que atraiga esas brújulas.

No, pobre ciego; la luz existe clara y muy clara; si V. no la vé es porque está V. enfermo de la vista.»

Esto es lo que le dirias al ciego ¿no es verdad? Pues esto mismo te digo yo á tí.

Me contestarás que tu no eres ciego.

Es verdad; no eres ciego del cuerpo, pero lo eres del alma: y por eso de tejas arriba no ves una palota.

Mas porque hayas perdido la fé, que es la vista del espíritu, no has perdido el sentido comun, que es la vista del entendimiento. A este apelo, pues, para hacerte reflexiones, diciéndote lo que tú decias al ciego.

«¿Crees tú ser el más sabio de los hombres? ¿Crees que todos se han engañado menos tú? ¿Has podido forjarte la ilusion de que sólo tú y los poquísimos que piensan como tú (tan pocos que apenas son, comparados con la humanidad, como un grano de arena comparado con el mundo) ¿has podido forjarte, repito, la ilusion de que sois los únicos que teneis razon, y que habeis descubierto algun secreto negando que hay providencia?»

Pues os habrais lucido si eso fuese verdad.

¡Famoso deseubrimiento!

¡Ay entonces de los pobres, de los débiles, de los desgraciados! ¡ay de los que necesitasen apoyarse en la caridad agena! ¡ay, por otra parte, de los justos y de los que se sacrifican por cumplir con su deber! ¡ay de los misioneros, de los mártires,

de las hermanas de la caridad! toda esta raza de santos cuya vida es la esperanza, se acabaria como luz sin aceite.

No tendria razon de ser. ¿Para qué? Serian unos tontos.

Los únicos sabios serian entonces los egoistas, los ladrones, los tiranos; estos serian los hombres de la civilizacion, los santos de la nueva época. Y ¿no te dá gana de reir tanta barbaridad?

Pues, hijo, no hay tu tia; no habiendo más vida que esta vida; no habiendo más premios ni castigos que los de este mundo, seria la más solemne de todas las torpezas no pasar bien la vida propia, aunque para ello fuese necesario acabar con la agena. En una palabra: que la virtud seria una tontería, y la picardia un mérito.

¡Oh! qué bello cuadro presentaria el mundo! los mortales comiéndonos unos á otros!

Pues este es el cuadro que se proponen pintar los que piensan como tú, grandísimo borrego.

Dejo ahora á tu consideracion si pueden ser sanos y verdaderos unos principios que conducen á tan bárbaros fines.

Desengáñate: luz que produce tinieblas, no es luz; verdad que produce absurdos no es verdad. La verdad y el bien, como la luz y el calor van siempre juntos. Si esto no te convence, ves y que te convenza tu abuela.

Pero no, no vayas; que aun me queda que decirte una cosa. Te voy á contar un cuento nuevo: se titula *La Rabadilla de D. Romualdo*: es muy chocante.

Pues, señor: D. Romualdo era un hombre asi como tú; libre pensador, muy libre pensador; incrédulo, muy incrédulo: suscriptor entusiasta de *Las Dominicales*, de *El Motin*, de *El Trueno*, etc. etc.; en fin, era lo que se llama un filósofo que profesaba la filosofía del pesebre. Pero es el caso (¡oh lástima!) que el pobre señor padecia una grave enfermedad; la *tontitis*. Una especie de terciana de cabeza que suele atacar á los viciosos y descreidos, el día que se les suben los vicios á la mollera y se les bajan las dudas al corazon.

En D. Romualdo esta dolencia era muy grave; así es, que con toda su filosofía, resultaba un hombre completamente ridículo. Yo le llamaba *El Confuso*, porque nunca sabia á que carta quedarse.

Un dia tropecé de manos á boca con él, y sin saber como, entramos en polémica. El pobre aquella tarde estaba triste: tenia el *hipocondrio filosófico*. (*Tontitis* triste de Trousseau.)

—D. Romualdo, le dije con toda la sorna posible: ¿Cómo vamos de filosofía? ¿Ha descubierto V. ya la estrella á donde iremos á parar cuando estiremos la pata?

—No se burle V., dijo el hombre ensayando ponerse grave. Realmente es doloroso pasar la vida ignorando nuestro futuro destino.

—V. lo ignorará; que yo no lo ignoro, ni en mi casa lo ignora ninguno de mis chiquillos; porque, como ya saben leer, han aprendido la doctrina cristiana.

—Y ¿quién me dice á mí que es verdad lo que escribe la doctrina cristiana? saltó D. Romualdo con enfática soberbia.

—La Iglesia.

—Y ¿quién me asegura que la Iglesia está en lo cierto?

—La razon *iluminada por la fé*.

—En esa materia mi razon no vé nada.

—Porque lleva el farol apagado.

D. Romualdo empezó á cargarse.—De ne V. fuego para encender ese farol, dijo creyendo ponerme en un apuro.

—No hay inconveniente: adquiera V. el pedernal de la hon-

rades, y golpéelo con el eslabon de la *piedad*; ya verá V. como saltan chispas; todo será cuestion de aprovecharlas.

Don Romualdo quiso contestarme, pero no lo dejó la pícara tos.

—Desengáñese V., D. Romualdo, el sol de la tierra no sirve para ver las cosas del cielo. Para descubrir las cosas de por allá necesita la razon otra clase de luces, y esas luces no se compran con dinero como los fósforos en el estanco; hay que pagarlas á peso de abnegacion cristiana, de pureza y de sacrificios.

—Pues no son baratas, exclamó D. Romualdo á quien le hizo efecto la comparacion.—Sin embargo, yo no tendria inconveniente en adquirirlas; pero... ¡qué quiere V.! me falta algo; quisiera encontrar antes alguna razon más clara para decidirme á hacer el sacrificio.—¡Oh! continuó el filósofo dándose una fuerte palmada en la frente que sonó á calabaza hueca. ¡Si V. supiera las contradicciones que se agitan en mi cerebro! Hay dias que llego á creerme que Vds. los *fanáticos* (1) tienen razon, y ese dia me decido á ser otro hombre. ¡Ea! digo entre mi: Romualdo, déjate de botellas y de comilonas y de picardias; á cambiar de vida y á no darle más disgustos á la Fernanda. Porque ya sabe V. que mi mujer es tambien algo *fanática*; y como la pobre me quiere, y sabe que observando buen método no me dá el maldito dolor que padezco en la rabadilla...

—¡Ah! ¿con que tambien padece V. algun dolor?

—Sí, señor: padezco de dolor en la rabadilla. Pues, vamos, como le digo á V.: en esos dias vá bien la cosa; pero luego vienen otros y digo entre mi: ¿qué fanatismo es este? ¿quién me asegura á mí que el catolicismo tiene razon? el hombre es libre y la vida es corta; puesto que no veo claro dejémonos de tonterias: á divertirme y truene por donde quiera. Y ese dia me bebo diez botellas, y me como un carnero, y siguen los enredos y... en fin, hasta que la Fernanda se incomoda, y tiene razon, porque en seguida, á consecuencia del desarreglo, me dá el dolor en la....

—Pero, hombre, dije dándole un papirotazo en la nariz en prueba de confianza, ¿aun busca V. razones claras para decidirse á comprar fósforos?

—¡Caballero! exclamó D. Romualdo sorprendido de mi excesivo buen humor.

—¡Pues, criatura, si lleva V. la razon encima!

—¿Dónde?

—En la rabadilla.

Al oír esto D. Romualdo quiso pegarme. Creyó que me burlaba de él; que me burlaba de sus padecimientos.

—Venga V. acá infeliz, le dije abrazándole para quitarle el enojo; no trato de burlarme de V., sino de demostrarle su torpeza. Acaso para distinguir la verdad del error y lo bueno de lo malo ¿necesita V. otra cosa que mirar sus efectos? Los alimentos ¿no se conocen por el sabor?; las flores ¿no se conocen por su aroma?; el árbol ¿no se conoce por sus frutos? Pues del mismo modo, la *verdad* y el *bien* pueden distinguirse perfectamente por los efectos que producen en nuestro corazon. V. mismo me acaba de descubrir el suyo pintándome lo que le pasa segun andan sus pensamientos. El dia que se vuelve V. del lado de la fé, ya piensa V. en seguida en reprimir sus pasiones y dominar sus vicios; entra V. en calma, renace la alegria en su espíritu y su cuerpo, y hasta su casa y su mujer y sus negocios se ponen en orden, y todo vá bien. Mas llega otro dia; se dá V. un atracon de *Moin* ó de *Dominicales*; manda V. á paseo la fé de los *fanáticos*; se llena V. la cholla de *pensamientos libres*; los deja V. que se bajen al corazon; del corazon se van á los pies, y eche V. *jigos*, que decia el otro: todo se lo lleva el demonio, y la Fernanda se incomoda, y vuelve V. á su casa con el consabido dolor. Pues, hombre, ¿qué más pruebas necesita V.? Para saber donde está la verdad, póngase V. la mano en su pecho; ó mejor dicho, póngasela V. en la rabadilla.

(1) El asno de D. Romualdo llamaba *fanáticos* á los católicos. Hay muchos *asnos* como D. Romualdo que no saben lo que se pescan.

Cuando miré á D. Romualdo despues de esta perorata le hallé no se qué de particular. Me pareció pensativo y ya no pude sacarle una palabra del cuerpo.

Diez minutos despues nos separábamnos en silencio.

Al dia siguiente, la casualidad me llevó á pasar por la puerta de cierto casino *libre pensador*, especie de bebedero ilustrado donde D. Romualdo y sus amigos adquirian la luz de la *ciencia libre*, á beneficio de las obras salidas cada dia de las bibliotecas de Jerez de la Frontera.

Pero cuál no seria mi sorpresa, cuando al pasar oí un gran escándalo, subí picado por la curiosidad, y encontré á nuestro hombre encaramado en una plataforma predicando á sus cofrades.

Era jueves: dia de discurso segun el reglamento; y desde el cafetín de la planta baja se habia subido la gente á oír al *blasfemador* de turno.

Pero se habian llevado un chasco solemne. D. Romualdo, con la mano puesta en *salva la parte*, gritaba como un desesperado desmintiendo todas sus doctrinas del dia anterior.

—Los principios, decia, en que se funda la *moral libre*, la *conciencia libre*, el *pensamiento libre*, no pueden ser verdaderos.

—¿Por qué? gritaba una voz aguardentosa.

—Porque producen dolores en la rabadilla.

Una tempestad de silbidos ahogó la voz de D. Romualdo.

—¡Está loco! gritaban unos;—¡echadlo! decian otros;—¡fuera el neo!—¡se ha vendido á los jesuitas!—¡abajo!—¡matadlo!

—Defensores de la *libertad de la palabra*: dejad siquiera que me explique: gritó irónicamente D. Romualdo. Yo no soy sabio, ni he estudiado mucho; pero por una casualidad he descubierto el secreto de saber la verdad en materias religiosas. Cuando no creo en Dios ni en la otra vida me entran tales ganas de pasar bien esta, que solo pienso en gozar, cueste lo que cueste; entonces veo que todo se trastorna á mi alrededor; mis hijos, mi mujer, mis empresas, mis negocios. Y no es eso lo peor; sino que, como soy viejo y tengo los muelles flojos, me trastorno yo tambien, y me dá el dolor en la parte que os he dicho. Mas si, por el contrario, me ocurre un dia cambiar de ideas, y me persuado de que *arriba hay algo*; veo acto continuo que me entran ganas de ser hombre de bien, todo se cambia y hasta el dolor se me quita. ¿No es natural saque yo en consecuencia, que puesto que esto es bueno, aquí está la verdad, y puesto que aquello es malo, allí está el error?

—¡Que calle ese jesuita! gritó un patidario de la *libre emission de las ideas*.

—¡Que calle! ¡echadlo! contestaron cien voces salidas de otros tantos defensores de la *libertad de la palabra*.

Y tras los gritos siguieron las amenazas; y tras las amenazas los platos y las botellas de los que habian subido allí á tomar *café con filosofia*.

Aturdido D. Romualdo escapó como pudo de las manos de sus *correligionarios*.

Eché tras él y pude alcanzarlo.

—¡Es V. un héroe! dije, dándole un abrazo.

—¡Qué heroísmo, ni qué ocho cuartos! mi conversion no tiene mérito. He sido un bárbaro.

—¿Por qué?

—Porque he estado veinte años para resolver un problema, llevando la ekis en la rabadilla.

D. Romualdo tenia razon.

Si los hombres buscasen dentro de sí mismos, encontrarían fácilmente la solucion de los más grandes problemas.

Con ponerse la mano en el pecho hallarian casi siempre la verdad.

Póntela, queridísimo borrego, y verás que pronto encuentras lo que buscas.

A Dios; aliviarse y mandar.

Tuyo afectísimo

COSAS DE CONTAR

¿Qué dirán Vds. que se ha descubierto en Barcelona?

Una fábrica de... ¿a que no lo aciertan Vds?... *de mentiras.*

Lo que Vds. oyen; se ha descubierto una fábrica de mentiras.

Es hasta donde podía llegar el progreso fabril del presente siglo.

Por supuesto, las mentiras son contra el clero. Se trata de una sucursal establecida en Barcelona por la célebre asociación Franco-Italiana fundada exclusivamente para perseguir al clero católico por medio de la calumnia valiéndose del telégrafo y de la prensa.

En esta fábrica es sin duda donde se ha inventado el cuento de la monja enterrada en vida.

Es hasta donde puede llegar la infamia y el cinismo.

El progreso químico—pirotécnico sigue su magestuosa marcha. La función de fuegos artificiales comenzada por los *nihilistas* de Rusia y seguida por los *socialistas* de Alemania y Francia ha empezado a asomar las narices en Inglaterra de un modo formal. Hace breves días hacia las dos de la tarde hubo en Londres tres explosiones espantosas; una en la Torre, otra en Westmister y otra en la Cámara de los Comunes.

Como es natural ha habido destrozos, alarmas, heridos y detenciones.

Y adelante la civilización.

Quiero decir, la **dinamitización.**

Porque la civilización verdadera se va quedando atrás muy atrás.

Los suicidios siguen en progresión creciente. Según vemos en un periódico, en Alicante ha tratado de suicidarse una infeliz criatura de doce años de edad, arrojándose al mar desde el muelle con una piedra al cuello.

Afortunadamente pudo ser salvada por un marinero.

En Cartagena, no ha mucho, se han suicidado también dos sujetos muy conocidos: uno dentro de una iglesia y otro en el cementerio.

Y aun dicen que no hace falta la educación cristiana.

Es verdad; lo que es para pegarse un tiro maldita la falta que hace.

Para lo que hace falta es para no pegárselo; es decir, para sufrir con resignación y hasta con alegría las penalidades de esta vida, contra las que no tienen ninguna receta los enemigos del catolicismo.

Un célebre arzobispo protestante de la iglesia Anglicana acaba de convertirse al catolicismo renunciando su elevada posición, y perdiendo una pingüe renta; pues las rentas del clero protestante son fabulosas.

El hecho ha producido mucha sensación en Inglaterra.

¡Hombre! y a ningún arzobispo católico se le ocurre hacerse protestante! ¿Qué será eso?

A seiscientos quince mil ciento cincuenta ascienden el número de peregrinos que han visitado el Santuario de Lourdes durante el año 1884. Las personas que han recibido la Sagrada Comunión han llegado a trecientas veintidós mil. Y en las paredes se han colocado trescientos marmoles sin contar los ex-votos en memoria de otros tantos milagros y favores recibidos de la Santísima Virgen. Entre tanto el agua de la gruta que brotó milagrosamente cuando la aparición de la Virgen, sigue repartiéndose por todos los puntos del globo y haciendo en todas partes prodigiosas curaciones.

Aun hay algo que nos consuela.

VARIEDADES.

MILAGROS EUCARÍSTICOS

La santa Hostia de Douai, en Flandes.

En el año 1254, un sacerdote que acababa de distribuir la Comunión pascual en la iglesia de San Amado, en Douai, Flandes, encontró una hostia en el pavimento. Vivamente afectado, arrodillábase para cogerla, cuando ella por sí misma se levantó y fué á colocarse encima del purificador... El sacerdote llamó en seguida á los canónigos: acudieron éstos, y completamente maravillados quedaron viendo, no ya la Hostia, sino el sagrado Cuerpo de Jesucristo, bajo la forma de un niño de una hermosura celestial. También fué convocado el pueblo, y todos indistintamente fueron testigos del prodigio...

«Como este milagro metiese mucho ruido,—escribe un historiador de la época,—trasladéme personalmente á Douai; fui á la iglesia de San Amado, y habiéndome dirigido al Dean, á quien conocía yo particularmente, le supliqué me dejase ver la Hostia milagrosa. Dió él sus órdenes, abrióse el copon y vi la santa Hostia... A todos los circunstantes les oía exclamar que veían á su Salvador... Pero yo no veía otra cosa que el Sacramento en forma habitual. Sorprendido y contristado, consulté mi conciencia para saber si tal vez alguna falta secreta me privaba de la gracia que á todos los demás regocijaba, cuando en medio de sentimientos que no acertó á explicar, divisé la adorable faz de mi Señor Jesucristo. No era un niño el que yo veía:

su cabeza, que se presentaba casi de perfil, ladeada hacia la izquierda, estaba ligeramente inclinada sobre su pecho; hallábase coronada de espinas y dos gruesas gotas de sangre se deslizaban por sus mejillas... Caí de inojos, adorando el Señor y derramando fervorosas lágrimas... cuando me levanté, había desaparecido la saugrienta corona, y vi únicamente á mi divino Maestro tal como debía ser durante los años de su vida pública: larga era su nariz, arqueadas sus cejas, inclinados los ojos; flotaba la cabellera por encima de sus hombros; su pelo junto á las orejas y en torno de la boca era bastante espeso, y se encorbaba un poco debajo de la barba; su frente era alta y majestuosa, llaco su rostro, y largo el cuello y un poco inclinado, lo propio que la cabeza. Todo respiraba bondad en esta divina faz.»

El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo se distinguía tan pronto bajo una forma como bajo otra diferente; unos le veían extendido en la cruz, otros en la majestad del juicio, y la mayor parte bajo la figura de un niño. Lo cual es una razón para hacer notar que en este milagro eucarístico, como en todos los demás, después de todo las especies sacramentales únicamente desaparecen para darnos testimonio de la verdadera presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento y no para mostrarnoslo en el imarcesible estado de su gloria, en el estado en que le veremos un día en el paraíso.

Este milagro de San Amado, examinado jurídicamente y autenticado, no sólo por las autoridades eclesiásticas de aquel tiempo, sino que también por los soberanos Pontífices Paulo IV y Clemente XIV, dió lugar á la célebre cofradía del Santísimo Sacramento erigida en aquella iglesia y que desde su fundación contó entre sus hermanos á una multitud de personas de las más respetables por su categoría y por su piedad.

El Sacro Corporale de Bolsena.

En el año 1264 aconteció en Bolsena, pequeña ciudad de los Estados Pontificios, otro milagro del cual se habló todavía mucho más que del anterior y que decidió al papa Urbano IV á instituir la festividad y procesion solemne del Santísimo Sacramento, de que se estaba tratando hacia ya unos veinte años.

Un sacerdote, mientras estaba celebrando la misa en la iglesia de Santa Cristiana, se entretuvo, después de la consagración, en una culpable duda sobre la presencia real. Repentinamente el vino consagrado toma la forma y el color de la sangre: empieza á hervir, salta por encima de los bordes del cáliz, cubre el corporal de dilatadas manchas de sangre, y cae hasta en los escalones de mármol de la peana del altar... El sacerdote asustado echa á correr, refiere lo que acaba de pasar, acúdense de todas partes, y averiguado el hecho, corren á prevenir al Soberano Pontífice, que se encontraba á la sazón á poca distancia de allí, en Orvieto. El Papa envió un Legado y muchos otros Prelados para asegurarse del hecho, y una solemne procesion, á la cual asistió el pueblo todo, trajo á la Catedral de Orvieto aquel corporal divinamente ensangrentado, que todavía en la actualidad se venera allí, y que es conocido en toda Italia con el nombre del *Sacro Corporale*, hallándose encajonado en un magnífico reliquiario. Las manchas, un poco desleídas ya por el tiempo, presentan; si no te las, por lo menos las más grandes, el perfil de la cabeza del Salvador.

Los escalones coloreados por la milagrosa sangre fueron igualmente puestos aparte, y los fieles pueden todavía venerarlos en Bolsena, en la misma iglesia donde tuvo lugar el prodigio.

El gran pintor Rafael escogió el milagro de Bolsena por asunto de uno de sus más bellos frescos de las *Stanzas* del Vaticano.

La Hostia milagrosa de San Gervasio, en París.

En 1274, cuatro años después de la muerte de san Luis, la villa de París fué á su vez testigo de una grande y divina manifestación de la presencia real. En la iglesia de San Gervasio un malhechor robó durante la noche un vaso sagrado que contenía la santa Eucaristía. Llegado el sacrilego á la plaza de San Dionisio, trató de romper el vaso; pero fueron inútiles sus esfuerzos, y vió con horror que la sagrada Hostia se levantaba del suelo y daba vueltas á su alrededor. Descubrióse de este modo su impiedad; y entregado á la justicia eclesiástica, y por ésta al brazo seglar, el miserable recibió el castigo que merecía.

La Hostia milagrosa quedó suspendida en el aire en presencia de todos.

Estéban, obispo de París, en el territorio del cual había sido sustraída la Hostia, reivindicó el honor de recobrarla y organizó una solemne procesion á la cual fué convocado su clero todo. Por su parte el abad de San Dionisio, Mateo de Vendone, al frente de todos sus religiosos, se trasladó al sitio testigo del milagro, en la creencia de que habiéndose verificado el prodigio en el territorio de su jurisdicción abacial, pertenecía desde aquel momento á la abadía de San Dionisio, y no á la diócesis de París, aquella sagrada y milagrosa prenda de la presencia real. Encontráronse allí las dos procesiones, y la santa Hostia fué por sí misma á colocarse entre las manos del párroco de San Gervasio, siendo devuelta con gran pompa al mismo paraje de donde había sido extraída.

Desde aquel día, todos los viernes del año se canta en la iglesia de San Gervasio una misa solemne en honor del santísimo Sacramento, en testimonio de adoración y de reparación; y cada año, en el primer domingo de setiembre, día aniversario del milagro, se celebra en ella una suntuosa fiesta para honrar muy especialmente el misterio del Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía.

Nótese el carácter público, oficial y completamente auténtico de este y de los demás prodigios.

Apoteosis del diablo.

Al fin parece que los sectarios Italianos se han dedicado á ser francos. Sin contar las odas y poemas que abundan en honor de Satanás (sic), de las procesiones publicas en que se lleva el estandarte del angel rebelde en sus más odiosas formas y de los rugidos con que turbas ébrias, más de fanatismo que de vino, le saludan ¡viva Satán! últimamente un profesor de la Universidad real, el Sr. Nannarelli, en su discurso inaugural, escogió por tema (parece increíble) hacer la apoteosis de Satanás. ¡Digno modelo propuesto oficialmente á la juventud estudiosa! Después de los elogios prodigados á Lucifer, pasó casi sin transición al elogio de la enseñanza y de los profesores laicos; para que no faltase como dice oportunamente el «Diario de Roma» la unidad del pensamiento. En esos mismos días se hizo en Roma de la manera más escandalosa la cremación del cadáver de un francmasón, Antonio Facci, 33 años con un lujo de ostentación impía, que ha escandalizado á cuantos no han renegado por completo de toda creencia religiosa. Ante el busto del desgraciado se hizo figurar la divisa adoptada por la francmasonería después de la bula «Humanum genus»: *No cederemus*; que en nada discrepa del famoso *Non serviam*, que la Escritura pone en boca de su maestro. ¿Y aun habrá católicos que no abran los ojos?

(R. C. de las V.)

García Moreno.

Fué un hijo del pueblo, presidente de una República, la del Ecuador; y murió asesinado por la Masonería como si hubiese sido un príncipe de sangre Real de las más viejas dinastías. La Revolución lo perdona todo en un gobernante, menos el querer gobernar según las leyes de Jesucristo. En este caso confunde en un mismo odio y ataca con un mismo puñal igualmente al hijo de cien monarcas que ocupa un trono, que al modesto elegido del pueblo que se sienta en el republicano sillón. Prueba inconcusa de que no es cuestión política la que agita hoy al mundo, y menos cuestión de meras formas políticas, como creen aun algunos bobos, sino cuestión profunda y radicalmente religiosa. A la Revolución le importa muy poco la tan careada libertad de los pueblos: la Revolución lo que quiere es que no les gobierne Dios ni los legisle su Unigénito Hijo Jesucristo. Por esto es mártir de la soberanía divina el republicano García Moreno, como lo fué el monarca Luis XVI. Fué asesinado en Quito á 6 de Agosto de 1875.

Historia y caracteres de la civilización moderna.

Mirando al Salvador en la agonía,
Los ojos ya sin luz, el pecho helado,
En su abismo eternal regocijado
Gritó Luzbel:—«La humanidad es mía.»
Y rompiendo su cóncava sombría,
Sacó por entre el Gólgota erizado
La faz sulfúrea, y en el aire alzado
Las negras palmas con furor batía.
Muere Jesús. Del conturbado cielo
Desciende un Angel, y en su yerta frente
Con llama escribe:—«Redención del mundo.»
Lo ve Satan, y suspendiendo el vuelo;
—«Volveré»—dice, y con hervor rugiente
Torna á hundirse rodando en lo profundo.

Y volvió; que es el diablo muy persona
Para que falte nunca á su promesa:
Volvió, y anduvo haciendo tal cual presa,
Poco para lo mucho que ambiciona.
Cansado al fin de andar de zona en zona,
Y corriéndole el tiempo mucha priesa,
Dice ya un día:—«¡A consumir la empresa!
¡Que nadie me dispute la corona!»
Y sobre alambre eléctrico montado,
¿Qué hace?—Pues se echa á urdir conspiraciones,
Y á Europa, al Asia, á América las lanza;
Y luego, de hombre libre disfrazado,
Va proclamando á reves y naciones:
«¿Qué cielo ni qué Dios?—Dios es la panza.»

Gabino Tejado.

PENSAMIENTOS

SOBRE EL DESCANSO DEL DOMINGO

¿Sabéis cuál es el grande é implacable enemigo de la instrucción del pueblo? Es el trabajo del domingo, que le condena á la ignorancia, que le impide todo cultivo serio y fecundo del espíritu y del corazón. Privarle del descanso de ese día, es privarle del conocimiento de sus derechos y de sus deberes, para sujetarle á las exigencias de la vida animal; es arrebatarle los

medios de conocer la luz, con la cual respete la Religión y las costumbres. Suprimir el domingo es, pues, de hecho, y para la mayor parte de los obreros, suprimir la instrucción.

Montalembert.

Desde que en los talleres é industrias ha desaparecido el domingo, bajo el falso pretexto de fomentar el trabajo, desde esta época oímos resonar, como un grito de guerra, el clamor de la explotación del hombre por el hombre.

El mismo.

En la observancia del Domingo está depositado el principio más fecundo de nuestro futuro progreso.

Proudhon.

Restablezcamos, pues, y conservemos la solemnidad tan eminentemente social y popular del domingo, como institución conservadora de las costumbres y garantía del orden y la libertad.

El mismo.

¡El hombre! hé aquí el gran creador de la riqueza. La diferencia entre el suelo de un país civilizado y el Africa salvaje está en que los hombres se muestran más llenos de vigor moral y físico en el primero que en el segundo. En el país civilizado el hombre trabaja con método y descansa el séptimo día para reponerse: pero esto no sucede en los países salvajes, en que el trabajo es continuo, se fatiga el jornalero y pronto la decrepitud física y moral aparece.

Hé aquí por qué nuestra nación, la Inglaterra, en vez de haberse empobrecido, desde 1846, en que Macaulay formuló la ley sobre la observancia del domingo, nos hemos enriquecido. El día destinado al descanso no es perdido. Mientras que el arado y el vapor se paran, la Bolsa está silenciosa y sin contrataciones, y el humo de las chimeneas de las fábricas no llena el espacio, la nación se enriquece, porque el descanso material permite al espíritu adquirir fuerzas morales para inaugurar con más vigor los trabajos en la semana próxima.

Un orador inglés.

Discurso sobre el tema «La cesación del trabajo en los días festivos, lejos de perjudicar, es altamente beneficiosa al desarrollo de la prosperidad de los pueblos» por D. Vicente Calatayud y Bonmati.—Un opúsculo en 8.^a mayor de 60 páginas.—Alicante 1884.—Precio ½ rs.

Recomendamos á nuestros lectores este interesante trabajo debido á la pluma del ilustrado director de El Semanario Católico de Alicante. En dicho opúsculo se defiende con luminosísimos argumentos la santidad y conveniencia de ese gran precepto tercero del Decálogo que una ciencia atea y materialista trata de proscribir de las leyes y de las costumbres.

Deber de todo católico es hoy propagar los buenos libros y el del Sr. Calatayud, no puede ser más apropiado para llenar el objeto á que se destina.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fabricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	½ pesetas mensuales.	5
Media id.	2 » »	2 50
Un cuarto id.	1 » »	1 25
Un octavo id.	50 cénts. »	

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta mas por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo: y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.